



Madrid, sedientos de mar.

ISBN 978-84-09-64407-0

Tanto leer, ver el largo plantel de jugadores de golf irlandeses de primer nivel y escuchar en los medios de comunicación de masas sobre aquella parte del norte de Europa, y sus campos de golf magníficos, alcanzando por sucesivos años el primer puesto de los cien mejores del mundo, concretamente el Royal Country Down, así como su diversidad de recorridos y la gran cantidad de ellos, también sus precios asequibles, buen servicio y la amabilidad sin parangón de sus ciudadanos, todo ello estimuló nuestro deseo de conocer la parte de arriba de Irlanda y el mar que la rodea, sobre todo eso, las playas y ver la mar inmensa sin obstáculos para proyectar nuestros sueños de aventuras más inverosímiles, y allá que nos fuimos. Cuatro amigos universitarios de segundo año y del mismo club de golf de Madrid, Juan, Toni, Jose y yo, Jaime.

Salimos el miércoles a las diez de la mañana del aeropuerto de Madrid Barajas, en un avión del irlandés Michael O'Leary, propietario de Ryanair. Bien de precio y regular de servicios, pero somos jóvenes y tendremos tiempo de disfrutar de un buen viaje en avión en algún otro momento. Al llegar a Dublín, alquilamos en el aeropuerto un coche híbrido, un Toyota Yaris, no necesitábamos más, y tiramos para el norte, a la ciudad que daba nombre al Condado de Sligo. Salimos del aeropuerto por la circunvalación M50 y en la salida siete, cogimos la N4, lo mismo que cuando bajábamos a Conil, la N-IV. Como en el avión no tomamos nada y desde que salimos de casa habían pasado cuatro horas, decidimos hacer una parada técnica en un McDonald's en la salida hacia Longford, un poco más de la mitad de nuestro recorrido.

No puedo describir con exactitud el espléndido paisaje verde de nuestro viaje, casas esparcidas por el territorio, como si hubieran soltado a puñados desde el cielo, allí es difícil encontrarse solo o perderse, extraviarse sí. Durante nuestra consumición estuvimos comentando lo maravilloso del paisaje y dado que Toni, en ocasiones, iba con su familia a Santander comentaba que era un paisaje similar, si quitamos la cordillera cantábrica, o sea, más llano el terreno, pero de verde, igual. Tras la consumición retomamos nuestro viaje a Sligo, una bella ciudad con nombre propio del poeta y premio Nóbel W. B. Yeats y en la desembocadura del río Garavogue, junto al mar, las vistas, igual que en la otra mitad anterior. Allí, en Sligo, nos hospedamos en Tranquility B&B, un apartamento que habíamos concertado un mes antes y que tenía dos habitaciones amplias con dos camas cada una, un saloncito entre ambas con tresillo y mesa en medio, una barra cocina con microondas y un pequeño frigorífico en la esquina que daba a la entrada, televisor, también con un baño completo, eso sí, al estar en segunda planta, las vistas del mar eran espectaculares y el verde de sus campos el cielo para el ganado y para los campos de golf, empezaba a entender la fama de Irlanda con el golf, fantástico.

Una vez sorteadas las habitaciones, a Toni le tocó compartir habitación con Juan y a Jose conmigo, con lo que pudimos colocar nuestro pequeño equipaje, probar la tele, el microondas y demás, y tras una sentada reconfortante, salimos al encuentro de un lugar donde comer algo, pero, sin la precaución del imprescindible paraguas y bueno, aunque era lluvia muy fina nos mojamos un poco pues, al poco de

caminar, entramos en un pub. Nos atendieron bien a pesar de nuestro inglés de bachillerato, pero la camarera hablaba algo de nuestro idioma y nos contó que había estado trabajando en un hotel en Fuengirola y en un restaurante de un belga y de aquella experiencia guardaba buenos recuerdos. Pedimos dos hamburguesas y dos sándwiches club, ambos cortados por la mitad para así probar los dos y para no desentonar, cocacolas en sus distintas opciones. Durante la comida, tratamos de dilucidar nuestras próximas incursiones.

Luego, como no llovía, decidimos dar un paseo y conocer los alrededores de nuestra morada y nos acercamos hasta la playa para respirar profundamente el olor de su espuma blanca, nos sentamos en la arena seca y nos quedamos absortos con esa visión de lo infinito, esa sensación de libertad y cada cual con sus sueños. Pronto, casi sin darnos cuenta, entre el cielo plomizo y la hora, se hizo nocturno y volvimos a casa para entrar en calor y tomar un refrigerio de café y galletas. Al cabo de un rato de tratar con nuestros móviles, nos fuimos acostando.

A la mañana siguiente jueves, me desperté muy temprano y para no molestar a los demás, me remojé la cara y salí para coger el coche híbrido alquilado y dirigirme a la cercana Rosses Point, nos había hablado de este lugar la camarera del Pub y solo estaba a quince minutos, era una playa donde la gente más tarde se pondría a tomar el sol y a jugar los niños con toda su artillería, porque bañarse era temerario sin haber sudado corriendo, el agua estaba algo subidita de fría.

Allí hay un kiosco-bar con un pequeño salón que daba a la playa y servían café además de comida, así que me acomodé en una esquina y pedí un café con leche calentito y, viendo humear el vaso con soporte o exoesqueleto para cogerlo sin quemarse, estuve contemplando las olas en su constante ir y venir espumoso, absorbo de nuevo con aquella visión del infinito mar, se me pasó más tiempo del que había previsto y me levanté súbitamente para volver a casa. Cuando llegué ya se habían levantado todos y estaban nuevamente tomando el café con leche y la bollería que servían en una mesita con ruedas que colocaban al lado de la puerta de entrada. Les di cuenta de mi andanza e hicimos planes para jugar al golf por la mañana, si es que nos alquilaban los palos, nosotros llevábamos lo demás necesario puesto que era parte de nuestro proyecto al visitar el Norte de Irlanda, además de las playas, claro está.

Tras desayunar, casi como es debido, nos pusimos en marcha hacia The Country Sligo Golf Club junto a Rosses Point. Llegamos alrededor de las diez y treinta y ya hacía rato que habían salido a jugar los últimos socios de diario del club así que, nos pudo atender tranquilamente el caddy máster y efectivamente alquilaban las bolsas de palos a un precio muy asequible al igual que los green fees, mucho más económico todo que en Madrid, finalmente nos incorporamos al juego tres, el cuarto, Jose, se quedó para asistir a un concierto de una banda de rock en otro Pub de Sligo, que había visto en algún cartel de nuestro recorrido del día anterior. Después nos contó que había conectado con una chica que había estudiado en España y que hablaba muy bien nuestro idioma y

habían quedado para salir por la tarde e ir a alguna parte. Así que conformamos una partida de cuatro jugadores al sumarse un miembro local retrasado, lo cual estuvo bien porque nos indicaba aspectos del campo que desconocíamos; para hacer el recorrido alquilamos carritos eléctricos. El campo tenía otro recorrido de nueve hoyos y era tipo link como casi todos los de Irlanda, allí es raro que tengan que regar y cuando te salías de la calle podías afirmar que la bola estaba desaparecida por la altura de la hierba, no tenía árboles que impidieran el juego o molestasen para atinar el golpe, los árboles estaban fuera de juego y los había frondosos, pero no impedían que se divisara el mar desde todos los hoyos al igual que la gran mole montañosa de Benbulbin, lo que nos agradaron muchísimo esas vistas que en Madrid no teníamos, bueno, está la sierra del Guadarrama. La mezcla del olor de la brisa marina y del césped recién cortado se te queda grabada para toda la vida, como la de los porros.

Fuimos recorriendo los hoyos pelados de árboles y con amplias vistas del entorno marino, una campiña que se prolongaba hasta las montañas lejanas y casas blancas desperdigadas por todas partes, en varios hoyos transitaban riachuelos que o lo recorrían por un lateral o los cruzaban, y bunkers, muchos bunkers que visitamos al igual que perdimos algunas bolas, el miembro del Club que nos acompañaba, Liam, tiraba recto como una vela, usaba mucho los hierros con gran destreza e hizo mejor resultado que nosotros.

Al no ser muy largo el recorrido, unos cinco mil ochocientos metros, terminamos sobre las dos y media de la tarde y ya estaba de vuelta

Jose que tenía una cerveza en la barra del bar del Club, nosotros nos pedimos otras e invitamos a Liam mientras conversábamos sobre lo mal que lo habíamos hecho y las distintas visicitudes acontecidas en el juego y así un rato hasta terminar las cervezas. Luego vimos la carta con hamburguesas, sándwiches, perritos calientes, quesadillas, ensaladas y fish and ships, decidimos dada la hora quedarnos allí y tomamos otras cervezas Kilkenny por aquello de conocer lo local, lo que normalmente no tenemos en Madrid, me refiero a la bebida.

Tras la comida sugerí acercarnos al “chiringuito” de la playa, el The little cottage café y tomarnos allí el cafelito contemplando el azul tranquilamente, Toni se tomó una dosis de Poitín en vaso largo con cubitos de hielo y dijo que quería entrar en calor, bueno, al fin y al cabo, a él no le gustaba conducir por la izquierda, lo pasaba fatal en las rotondas. Juan que había quedado con Jose, se tomaron un taxi y se fueron hacia la Catedral de St. John, con sus paraguas, claro, y nosotros, Toni, que se había pedido luego del Poitín un vaso con helado, y yo, a nuestra vida contemplativa del salado azul y el azul del cielo ya que estaba despejado. Una gozada.

Luego, Jose nos contó que la chica se llamaba Eileen y que tras la visita a la Catedral habían estado en una Party, lo que antiguamente se llamada guateque, o sea, una pequeña fiesta en casa de una amiga con más gente, en su mayoría chicas, y que lo habían pasado genial, música, baile, cervezas, sándwiches cortados en triángulos, nachos con queso fundido, y un sinfín de aperitivos, se ve que a la chica le mola Jose cantidad, bueno y a él también le cae Eileen más que bien, así que

seguirán saliendo y veremos que va pasando. Juan por su parte se había enrollado con otra chica de nombre Nora y que trabajaba como auxiliar de enfermería en el Hospital Universitario.

Nosotros ya con el sol a punto de acostarse removiendo el mar del horizonte como corceles que tiraban del carro donde se pasea el Astro de nuestras vidas y la inmensa masa de agua moviente que nos regalaba su aroma, nos volvimos casa y en el trayecto vimos una tienda Centra de alimentación y nos compramos bollos de pan, chacinas y bebidas para montarnos la cena viendo un partido en la tele antes de acompañar el sueño del Rey de nuestra luz y calor.

Antes de acostarnos, llegaron Jose y Juan y nos relataron su fiesta donde había más chicas que chicos y esto pareció entusiasmar a Toni, pero hicimos el plan para el día siguiente con visita a Enniskillen y más concretamente a su campo de golf Enniskillen Golf Club que estaba a unos 60 km, menos de una hora en coche.

Y amaneció de nuevo un viernes, que no es poco. Poco a poco fuimos apareciendo por el saloncito dispuestos a tomarnos el café caliente con o sin leche que nos proporcionaban en dos termos grandes y la bollería variada que nos suministraban en una mesita con ruedas junto a la puerta de entrada al apartamento, también nos ponían porciones de mantequilla y mermeladas de varios tipos de frutas, al final siempre sobraba algo de todo que guardábamos en el frigorífico, la verdad es que no vinimos a comer.

Esta mañana, al ser viernes, Eileen y su amiga trabajaban, así que Juan y Jose se vinieron a jugar y allá que fuimos los cuatro. Llegamos al Enniskillen Golf Club sobre las nueve y media y resultó que no arrendaban bolsas de palos, así que les preguntamos donde podrían alquilárnoslos y nos indicaron una tienda de golf en el centro comercial de Enniskillen. Allí nos atendieron dos jóvenes como nosotros y tampoco alquilaban equipos de forma que, compramos alguna bola de recuerdo y marcadores y cuando nos disponíamos a salir de la tienda, los dependientes nos llamaron para decirnos que habían estado hablando y que habían decidido prestarnos sus bolsas porque ese fin de semana no iban a utilizarlas y además nos dejaban otras dos de la exposición para la venta a razón de veinticinco euros cada una de estas, por las suyas no nos cobraron nada. Les dijimos si debíamos dejarles alguna fianza y nos contestaron que no hacía falta, que ellos solían veranear en la Costa del Sol y confiaban en nosotros y que les devolviéramos las bolsas ese mismo día por la tarde.

De vuelta al Club con todo lo necesario, nos dieron salida a las once y diez y nos alquilaron los trolleys de mano por cinco libras, sin habernos percatado, estábamos en territorio bajo administración inglesa y salvo la moneda, lo demás todo igual, eso sí, al estar soleado el día, se echaba de menos el ansiado mar, aunque agua dulce sí que había con cisnes, patos y árboles, árboles para dar y regalar, bien distinto del campo de ayer. El Green fee costaba treinta libras, pero al ser nosotros estudiantes, cosa que tuvimos que demostrar con nuestros carnés universitarios, nos hicieron un descuento del cincuenta por ciento y solo

pagamos cada uno veinte libras por jugar y el trolley. La oferta de este descuento era de lunes a viernes y solo para estudiantes sin otra dedicación.

Esta cancha, al disponer de agua por un tubo procedente del río Erne, era un vergel, se notaba la frugalidad de la tierra y la necesidad del cuidado en evitar que el césped se contaminara con semillas de las plantas del entorno, precioso, también con su riachuelo de por medio, que por cierto, Jose quiso saltarlo en lugar de pasar por el puente de paso y para tomar impulso, apoyó el pie en zona blanda y al hundirse un poco no se impulsó con suficiente fuerza y cayó de bruces en el pequeño cauce que llevaba poca agua en ese momento, fue un pequeño susto que nos hizo reír a todos incluido Jose, se secó con las toallas de las bolsas y continuamos jugando; un campo para repetir y tratar de hacer un resultado digno y no lo que conseguimos aquel día, sólo Juan consiguió llegar a los treinta y dos puntazos, lo de los demás es mejor olvidarse y echarle la culpa al temor de que lloviera sin llevar ropa de agua, pero no en esa mañana de viernes, ni gota. Como empezamos un poco tarde para aquella latitud, cuando terminamos no había donde comer salvo en el bar del Club donde amablemente nos ofrecieron el famoso sándwich frío a base de pollo al whisky, ensalada y salsa de yogurt, todo ello metido entre dos rodajas de pan de molde y esto con bolsa de papas fritas y cervezas. Y menos mal que algo nos dieron, alguno repitió. De postre les quedaba algunos trozos de tartas de chocolate al whisky y de manzana, así que con esto terminamos la